

Comentario al evangelio del martes, 15 de marzo de 2016

Queridos hermanos:

Muchas narraciones del Antiguo Testamento resultan a primera vista enigmáticas. ¿Qué podrían pensar los judíos del tiempo de Jesús acerca de las propiedades curativas de una serpiente clavada en un palo? Pero los primeros cristianos, “judíos del tiempo de Jesús”, tuvieron la sorprendente experiencia de que, a través de él y de lo acontecido en él, se les aclaraba tan misterioso episodio. Jesús, clavado en un palo, se había convertido en la medicina universal. La historia anterior resultaba así una sucesión de “ensayos” de salvación, hasta que ésta adquiriese su forma definitiva. Son muchos los cristianos que siguen diciendo: “yo con el Antiguo Testamento no puedo, me resulta extraño, ininteligible, violento...”. ¿Por qué no lo leemos, de una vez por todas, con las gafas adecuadas? ¿Por qué no nos sometemos a la luz que Jesús proyecta sobre toda esa historia y esos escritos? Él nos dice expresamente: “Moisés escribió acerca de mí” (Jn 5,46).

La palabra y acción de Jesús, con toda su sencillez e incomparable humanidad, iban envueltas en un halo de autoridad sobrecogedora. Su conducta, a veces desconcertante, suscitaba cuestionamientos insoslayables. De ahí la pregunta “¿tú quién eres?”, que encontramos en el fragmento evangélico de hoy, y que va flanqueada por una misteriosa respuesta, un repetido “Yo Soy”, sin más determinaciones: “si no creéis que *yo soy* (...), conoceréis que *yo soy*”. Es decir, Jesús es portador del nombre de Yahvé, el que fue revelado a Moisés (Éxodo 3,14). Pero lo más sorprendente del diálogo es que esa majestad de Jesús será reconocida precisamente “cuando le levanten en alto”, en la Cruz. El Jesús joaneño usa a veces expresiones de doble sentido; en este caso, ser crucificado o ser ascendido al cielo: el Dios de la paradoja manifiesta su majestad en la humillación.

Estamos cerca del Viernes Santo, el día de la adoración de la Cruz. ¿Por qué adorar lo más infamante, el más humillante instrumento de tortura? Porque en la misma Cruz se manifiesta el triunfo, la gloria del Padre iluminando a Jesús.

La primera generación cristiana vivió en la admiración la gloria de Dios hecha carne en Jesús; y elaboró fórmulas de fe cuya densidad nos sigue admirando: “Él es imagen del Dios invisible” (Col 1,15), es “reflejo de la gloria de Dios, impronta de su ser” (Hbr 1,3). Según San Pablo, Jesús es escándalo para los judíos y estupidez para los paganos (1Cor 1,23). ¿Cómo un grupo de judíos (¡los primeros cristianos!), con su férreo monoteísmo, y un grupo de paganos, con su concepción gloriosa de los dioses, pudieron confesar la presencia de la divinidad en un fracasado y crucificado? Sólo una honda reflexión sobre su forma de actuar, especialmente sobre su entrega final, junto con las experiencias pascuales, pudo permitir semejante salto. Que nuestra reflexión de Semana Santa no se detenga en las heridas externas de Jesús; que ellas sean como un teleobjetivo a través del cual

percibamos la inabarcable y adorable Majestad de “Yo Soy”.

Vuestro hermano
Severiano Blanco cmf

Severiano Blanco, cmf

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org